

# REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO II

TEGUCIGALPA: 15 DE OCTUBRE DE 1902

NUM. 30

## Impresiones de estéticas

XIV.—En un ambiente hostil, toda labor de arte tiene que ser en extremo penosa. En vano el escritor pondrá en acción los mayores recursos de su energía mental. De nada servirán la profunda intensidad del pensamiento, ni el trabajo obsesivo del estilo, ni la sagrada luz de las imágenes. Todo pasará inadvertido, envuelto en la fría indiferencia de las cosas banales. Esto es, sin embargo, natural, en países rudimentarios, en que son letra muerta las fórmulas artísticas, en que es una flor exótica la cultura del espíritu. Es ardua y difícil, si no imposible, la tarea de los que se dedican á despertar en el cerebro y en el alma de la multitud una idea ó un sentimiento de belleza. Se necesita para ello seguir el impulso de un temperamento singular: de lo contrario, todo esfuerzo en ese sentido fracasará lastimosamente.

El amor á la divina hermosura del estilo, el buen gusto literario, no pueden obtenerse sino al cabo de muchos años de observación y de estudio, de análisis constante de lecturas selectas, dirigidas sabiamente por facultades extraordinarias.

Al vulgo sólo debe pedirse á este respecto—ya que esperar de él otra cosa sería una locura—que llegue á educar su instinto lo suficientemente necesario, lo preciso, para comprender, de una manera abstracta, el mérito de las obras literarias. Hay que hacerle tomar afición á los buenos libros, y luego convertir esa afición en una necesidad primordial. Tan precioso alimento debe serle suministrado en cortas dosis, como á un niño; si es posible, día por día, con alta virtud de perseverancia; prefiriéndose para el caso las prosas sencillas á la compleja forma rimada. Así, con una simple iniciación, sin fatigar su cerebro, es como se puede poner en las multitudes un ligero resplandor de la hermosura eterna.

Conocido por el escritor el estado de absoluto atraso de la gran mayoría de las gentes, que la imposibilita para comprender cualquiera de las manifestaciones del arte, no es á ella á quien podría culpar de indiferencia. Ese reproche sería justificado para las clases más elevadas de la sociedad. Ellas son las verdaderamente refractarias á toda expresión artística. Fuera de la música, que afecta físicamente uno de sus sentidos, las otras manifestaciones de belleza intelectual son por ellas acogidas con un helado silencio. No entra en su existencia la comprensión de la hermosura por medio de la palabra milagrosa

que da á todo lo que existe formas precisas é inmutables. No se dan cuenta del encanto de una frase, viva como una centella, fuerte como un músculo de acero; ni del valor de un verso encendido como un látigo fulgurante.

Es entonces cuando, vencidos por la indiferencia del público, cansados de bregar en el vacío, algunos poetas y escritores abandonan la pluma. Y solamente persisten en la lucha los cerebrales de vocación irresistible, para quienes en la vida del arte está encerrada toda su vida y que, por lo mismo, encuentran en su fuero interno el más poderoso estímulo.

Cuando á esa perseverancia inaudita se hallan unidas dotes singulares de talento, observación y buen gusto, de amor insuperable por el estilo, de odio por toda vulgaridad, de pasión por las fórmulas originales, es que surgen esas personalidades raras, de auras intensas, de refinado espíritu y de sentidos vibrantes y sutiles, á quienes se da el nombre de artistas.

En ese simple vocablo se resumen todos los más complejos estado de alma, toda la visión de la vida, todas las vivas manifestaciones de hermosura.

El artista lleva en sí todo un universo. Su mundo interior, inaccesible á la vulgaridad del mundo externo, forma su verdadera existencia. Allí se refugia su espíritu cuando le invade el asco de la vida mediocre. Allí va á despojarse de las impurezas de que lo ha contaminado el roce de la multitud.

Para él nada valen la hostilidad ó el aplauso de las muchedumbres. Como sabe que son inconsistentes, pasa sobre ellas sin mirarlas.

Impasible ante los múltiples juicios que su labor pueda inspirar, el artista continúa dando forma á sus sueños. Escribe por impulso espontáneo, impelido por un sagrado vigor, al que obedece su voluntad. Él pone su ideal, coronado de lumbres, sobre la árida montaña de los prejuicios humanos.

Y en su torre de marfil, en su misteriosa Tebaida, después de conocer la felicidad de los demás hombres, goza de otra, más pura y más alta: la de sentir que hay en su alma un hálito divino, en su cerebro una luz milagrosa y en todo su ser una fuerza vibrante, creadora de mundos, de emociones y de energías, de fórmulas perfectas y de símbolos nuevos: un poder profundo, iniciador de una religión inmortal, cuyos dogmas serán en el futuro los más brillantes cánones estéticos.

FROILAN TURCIOS

## Ruinas

(Traducción de Leopoldo Díaz)

Era una noche tenebrosa, oscura,  
de esas noches de horror que Dios mandaba  
sobre la vil generación esclava  
de un siglo, por sus crímenes, maldito.  
La gran ciudad, la meretriz impu a  
reposaba en su lecho de granito,  
el lecho colosal de mil orgías.  
De los vientos la música sonora  
retumbaba tremenda, como otrora  
la férrea voz del lívido Isaías.

Era la hora en que sueños pavorosos,  
como fetos monstruosos  
habitan las nocturnas  
soledades funestas.  
En que gimen las almas dolorida  
cual fantásticas vírgenes, perdidas  
en umbrosas florestas.  
Hora fatal en que germina y crece  
la cicuta del mal, y que aparece  
en las del corazón, mustias colinas;  
en que malditas hierbas venenosas  
se extienden silenciosas  
sobre la verde lepra de las ruinas.  
Con silencio profundo en los hospicios  
abriábase las flores de los vicios,  
plegábanse las flores de los llantos;  
y el enfermo, á través de su agonía,  
miraba con horrenda fantasía  
la nocturna legión de los espantos.

El las plazas desiertas  
miles de luces trémulas, inciertas,  
oscilaban con brillo sepulcral;  
creyérase, en las calles solitarias,  
ver cruzar procesiones funerarias  
para aplacar las cóleras del mal.  
Más de aquella mudéz en el arcano  
había un sordo fermentar de oceano  
una vaga inquietud, torva y extraña  
era el asombro y el temblor latente  
de Mesalina húbrica que siente  
la agitación del crimen en su entraña.  
Entre el hondo silencio tumular,  
cual roja hornalla ardiente  
erguíase febril, resplandeciente  
el vasto lupanar.

Enfrente del burdel había un templo,  
triste como el desierto,  
triste como un ejemplo.

El vetusto portal estaba abierto.  
Dentro, silencio inerme;  
silencio pensativo y formidable,  
como un asceta lívido que duerme  
En torno, obscuridad espesa y vasta;  
y al fondo un Cristo pálido, inefable,  
de una tristeza luminosa y casta.  
Sobre las piedras húmedas, impuras,  
negras cajas mortuorias,  
cerradas sepulturas

En la sombra agitábanse sudarios.  
Flotaba en torno, y en el aire, ledo,  
un no sé qué de trágico y sombrío...

los ojos tenían miedo,  
las almas tenían frío.  
Y en la profunda bóveda imponente,  
amortiguada, triste, adormecida,  
oscilaba una lámpara doliente  
cual lágrima de sangre suspendida.

GUERRA JUNQUEIRO

## El hermano Parfeno

(UNA PÁGINA DE  
LA MUERTE DE LOS DIOS)

EL hermano Parfeno no podía conciliar el sueño. Tenía el rostro dulce y pálido en sus ojos grandes, puros cual los de una virgen, leíase una triste perplejidad cuando hablaba con las gentes. Hablaba muy raramente, de una manera inspirada y sin que casi se le entendiese, siempre de cosas tan infantiles, que no podía escuchársele sin sonreír. A menudo refería sin causa, y los frailes austeros le preguntaban: —¿Por qué rechinas los dientes? Es por complacer al diablo?

Entonces explicaba tímidamente que se *reza de sus propios pensamientos*, y esto convenía á todo el mundo de que Parfeno era un loco.

Poseía un gran arte, el de iluminar los manuscritos, y este arte del hermano Parfeno reportaba al convento no solamente dinero, sino también la consideración en las más lejanas provincias. No sospechaba nada de eso, y si hubiese podido comprender qué cosa es la gloria, más le hubiera espantado que regocijado.

No consideraba sus ocupaciones artísticas, que le daban mucho trabajo—el hermano Parfeno llevaba al supremo punto la perfección en los detalles—como una tarea, sino como una diversión. Y no decía nunca:

—Voy á trabajar.

Sino que dirigiéndose al venerable superior Pánfilo, que le amaba tiernamente, exclamaba:

—Padre, bendíceme, que me voy á jugar

Al acabar alguna dificultosa combinación de ornamento, palmoteaba de gozo y se cumplimentaba á sí mismo.

El hermano Parfeno gustaba de tal manera de la soledad y calma de la noche que había aprendido á trabajar á la claridad de una lámpara. Los colores tomaban tintes inesperados, que no perjudicaban, sino favorecían los dibujos fantásticos.

En su celda, Parfeno encendió la lámpara, la colocó sobre una tabla, al lado de frasquitos, de pinceles muy finos, de cajas de colores, en las que dominaban el vermellón, la plata y el oro líquidos. Se santiguó, mojó cuidadosamente su pincel y se puso á pintar las colas en abanico de dos pavos en lo alto del frontispicio de una página. Los pavos de oro sobre fondo verde bebían en una fuente color turquesa, levantando los picos y tendiendo los cuellos. Otros rollos de pergamino esperaban su turno, inacabados. Era todo un mundo sobrenatural y encantador. Al rededor del texto se encaramaban creaciones de

fabulosa arquitectura, árboles y animales fantásticos. Parfeno no pensaba en nada cuando los creaba, y una alegre serenidad idealizaba su semblante. La Helada, la Asiria, la Persia las Indias, la Bizancio refinada y la tibia visión de los mundos futuros, todos los pueblos y todos los siglos se fundían en el paraíso del fraile, que brillaba con reflejos de piedras preciosas en torno á las letras iniciales de la Santa Escritura.

Acá estaba representado el Bautismo: San Juan vertía el agua bendita sobre la cabeza de Cristo, y al lado el dios pagano de los ríos inclinaba una ánfora amablemente, como el antiguo propietario de la ribera. Tenía á punto una toalla para ofrecerle con qué secarse al Salvador, después del bautismo.

El hermano Parfeno, en su candor, no temía á los dioses antiguos; le divertían mucho y se le figuraba que desde hacía tiempo se habían convertido al cristianismo. Sin que una sola vez se le olvidara, colocaba encima de las colinas al dios de las montañas, personificado por un mozaivete desnudo. Cuando pintaba el paso del Mar Rojo, una mujer con un remo representaba el mar, y un hombre desnudo con la inscripción *Bodos* tenía que figurar el abismo que se tragaba á Faraón: en la orilla opuesta estaba sentada una triste mujer vestida de una túnica color de arena que era el Desierto.

Aquí y allá, en la curva de un cuello de caballo, en el pliegue de una ropa, en la postura tranquila de un dios tendido y apoyado en el odo, se filtra ba la elegancia antigua, la gracia del desnudo

DMITRY DE MEREJKOWSKY

### Parsifal

"Gloria al loco Parsifal, guardián del Santo Grial—y rey de Montsalvá, tres veces gloria y victoriosa!"—Y lentamente, la aleluya resuena por el oratorio—en un sonoro vuelo hacia el trono ideal.—De rodillas en el suelo de mármol, Parsifal—adora, en coraza de oro héroe virgen de historia,—el rubí que brilla [¡oh signo expiatorio!—en las palidas paredes del vaso de cristal.—De la bóveda en donde duermen ecos de órgano y de salmos — una paloma, entre nimbos de altos reinos — cae, en su vuelo abierto, sobre el casco del rey.—¡Sombra! Pero una vidriera refleja su púrpura en las estolas—de los caballeros enternecidos por la emoción.—Y ¡oh! entonces se oyen citas...

STUART MERRIL

### Sensaciones de automóvil

No hay que contar las primeras salidas bajo la dirección del maestro: entonces no se comunicaba todavía con la maravillosa bestia y se experimenta algo de lo que debe experimentar el aprendiz de domador cuando se arriega entre las garras de la fiera, bajo la protección del padre, cuya mirada mantiene esclavizada la fiera. Se tiene miedo de estar solo, en presencia del espacio con el animal desconocido, y se arde en deseos de saber lo que es en sí, lo que quiere, lo que rehusa cómo obedece á su nuevo amo.

Ayer me condujo el maestro de París á Ruan, y esta mañana me dejó solo por primera vez fuera de las puertas de la capital de Normandía, en plena llanura, sobre el camino desierto, lejos de estaciones y caminos de socorro. La primera sensación, es cierta inquietud no exenta de atractivos. Soy dueño de la fuerza misteriosa, y conozco los secretos del monstruo. Su alma es la chispa eléctrica que hace dar á sus arterias de siete á ochocientas vueltas por minuto; su terrible corazón es su carburado, y el alma obedece al cuerpo, y el cuerpo obedece al alma en ingeniosa armonía.

El monstruo, bajo mi mano conmovida, es dócil y lleno de buena voluntad. A los dos lados de la carretera, los campos de trigo corren plácidamente como verdes arroyuelos. Ya es tiempo de poner á prueba el poder de los gestos esotéricos. Toco las llaves encantadas y el caballo hechizado, se para bruscamente; toda su vida se extingue en breve gemido, y se convierte en enorme é inerte aparato de metal.

Ahora se trata de resucitarle. Me desmonto y me agito en torno del cadáver. La ciencia está segura de su triunfo: el hipógrifo revive, bufa un instante y se lanza de nuevo cantando victoria. Abro un poquito, lentamente, la famosa manivela de anticipo de la ascensión, y regulo como puedo la admisión de la esencia: la marcha se acelera, y el roce, cada vez más agudo, de las ruedas, revela creciente embriaguez. Al principio, la carretera viene á mi encuentro con movimiento cadencioso; luego, poco á poco, se anima, se precipita sobre mí, corre bajo el coche como torrente embravecido que me ahoga con su espuma, me inunda con sus oleadas, me ciega con su aliento.

¡Oh, qué caricia tan deliciosa! Se diría que alas, miles de alas que no se ven, alas transparentes de gigantescos pájaros sobrenaturales, habitantes de las excelsitudes batidas por los vientos eternos, me envuelven en su vasta frescura las sienes y los ojos. Ahora la calzada descende á pico en el abismo, y el mágico aparato la precede; los árboles que de tantos años la flanquean plácidamente, parecen juntarse, agrupar sus verdes cabezas y conjurarse ante el fenómeno que surge para cerrarle el paso; pero como ven que no se detiene, se retiran, se alejan, se contorsionan, vuelven á encorvarse sobre mí, y con voz sumisa y arcana, sus miles de hojas murmuran á mi oído los cánticos volubles del espacio, que admira y exalta á su viejo enemigo finalmente, vencedor, la velocidad.

En los trenes el espacio devorado pasa ante nuestros ojos, pero pasa lejos de nosotros; no lo tocamos, no lo podemos gozar; pero aquí, en este carrito de fuego, dócil, ligero, milagrosamente infatigable, entre las alas desplegadas de este pájaro de llama, que vuela desflorando la tierra para admirar sus flores, que acaricia los campos de grano, que aspira los arroyos, que conoce la sombra de los árboles y entra en las aldeas, aquí el espacio se hace verdaderamente hermoso, se hace proporcionado á nuestros ojos, á los deseos de nuestra alma, insaciable y meticulosa.

Ahora no se espera ya la llegada que reabre los ojos é invita á la alegría del mirar; todo el camino es una llegada continuada, y los goces que preguntan, al alcanzar la meta se multiplican, porque todo toma la adorable forma de la meta.

MAURICIO MAETERLINK

### El cenobita

Ogro benigno, cenobita  
de alma de niño y frente calva,  
ruega á tu Dios por el que muere  
y por el cazador del ave blanca;

Por el que peca horriblemente,  
por el que incendia, roba y mata.  
Por el que sube no te inquietes;  
inquiétate por el que baja.

Aun por Satán soberbio y triste  
ruega á tu Dios. Y tu plegaria  
tal vez á su alma de ángel negro  
haga bajar una luz blanca.

VÍCTOR ARREGUINE

### De un Prólogo

HABLAD de Poe con algún americano; reconocerá tal vez su genio, y acaso se muestre también orgulloso; pero con un tono sarcástico y de superioridad, que trasciende á positivismo, hablará del desenfreno del poeta, de su aliento alcoholizado, que hubiera ardidó al contacto de la llama de una bujía, y de sus costumbres vagabundas, y añadirá que era un ser errático y heteroclitó, un planeta sin órbita, que giraba sin cesar desde Baltimore á Nueva York, desde aquí á Filadelfia, desde Filadelfia á Boston, y desde Boston á Baltimore ó á Richmond. Y sí conmovido por aquel preludio de una historia desconsoladora, dais á entender que el hombre no era tal vez el único culpable, y que debe ser difícil pensar y escribir cómodamente en un país donde hay millones de soberanos, un país que en rigor carece de capital y no tiene aristocracia, entonces veréis cómo los ojos de vuestro interlocutor se agrandan y brilla en ellos un relámpago, mientras que la lava del patriotismo asomando á sus labios, le hace proferir injurias contra Europa,

su anciana madre, y contra la filosofía de los antiguos tiempos.

Repito que, en mi opinión, Edgardo Poe y su patria no estaban al mismo nivel. Los Estados Unidos constituyen un país gigantesco y niño á la vez, que, como es natural, tiene envidia del antiguo continente. Soberbio con su desarrollo material, anormal y casi monstruoso, ese recién venido á la historia se distingue por su cándida fe en la omnipotencia de la industria; y está convencido, como algunos infelices entre nosotros, que acabará por exterminar al Diabolo. ¡Tienen allí un valor tan grande el tiempo y el dinero! La actividad material, exagerada hasta las proporciones de una manía nacional, deja en el espíritu poco sitio para las cosas que no son de la tierra. Poe, que era de buena familia, y opinaba además que la mayor desgracia de su país consistía en no tener aristocracia de raza, atendido, según decía, que en todo pueblo que carece de ella no puede menos de corromperse el culto de lo bello, disminuir y desaparecer; Poe, que reconocía en sus conciudadanos, hasta en su lujo enfático y costoso, todos los síntomas del mal gusto característico de los intrusos; que consideraba el Progreso, la gran idea moderna, como un éxtasis de papamosca, y que llamaba á los *perfeccionamientos* de la vida humana, cicatrices y abominaciones rectangulares; Poe, repito, era allí un cerebro muy aislado; no creía sino en lo inmutable, en lo eterno; y poseía, cruel privilegio en una sociedad enamorada de sí misma, ese buen sentido superior á lo Maquiavelo, que se anticipa al sabio, como luminosa columna á través del desierto de la historia.

¿Qué hubiera pensado, qué hubiera escrito el infeliz si hubiese oído á la teóloga del sentimiento suprimir el infierno por amistad al género humano; al filósofo de las cifras proponer un sistema de seguros, una suscripción á dos cuartos por cabeza para la supresión de la guerra, la abolición de la pena de muerte y de la ortografía, esas dos locuras correlativas, y tantas otras de los que escriben, con el óido tendido al viento, fantasías gratonas tan lisonjeras como el elemento que las dicta? Si se agrega á esta visión impecable de lo cierto—verdadero achaque en algunas circunstancias—una exquisita delicadeza de sentido que se resentía por la menor nota en falso, una finura de gusto que se rebelaba contra todo cuanto no estuviera en exacta proporción, y un insaciable amor á lo bello, que había adquirido la fuerza de una pasión morbosa, nadie extrañará que la vida hubiera llegado á ser un infierno para semejante hombre, y que acabara tan mal; más bien podría causar admiración que hubiese durado tan largo tiempo.

CARLOS BAUDELAIRE

### Al los materialistas

Romped el cráneo y estrujad los sesos,  
Abrid el corazón, buitres humanos,  
Sólo hallaréis vil carne de gusanos,  
Sangre corrupta y amarillos huesos.

En los despojos buscaréis impresos  
Del Almo Ser los rastros soberanos;  
Mas sólo quedarán en vuestras manos  
Informes trozos de materia opresos.

El alma es una chispa desprendida  
Del fuego eterno que con Dios fulgura  
Que en nuestro cuerpo de miseria anida;

Pero indurable y frágil la envoltura  
Al tocar en su límite la vida  
Vuelve al foco inmortal, torna á la altura.

JERÓNIMO J. REINA

### La Lira Encantada

EN otro tiempo habitaban la Tracia anima-  
les salvajes y algunos hombres amedrentados.

Los animales eran muy hermosos; había leo-  
nes rojos como el sol, tigres rayados como la tar-  
de, y osos negros como la noche.

Los hombres, enanos y chatos, mal cubiertos  
de viejas pieles, armados de lanzas toscas y arcos  
groseros, se encerraban en las cavidades de las  
montañas tras monstruosos bloques que ellos ro-  
daban trabajosamente. Pasaban la vida cazando  
y corría la sangre en los bosques.

Era tan lúgubre el país, que los dioses lo ha-  
bían abandonado. Cuando salía Artemisa del  
Olimpo al clarear la mañana, jamás seguía ca-  
mino que llevara al norte. Las guerras de allí  
no inquietaban á Ares; la falta de flautas y de  
cítaras alejaba á Apolo, y solamente brillaba la  
triple Hécate como una cara de medusa sobre un  
paisaje petrificado.

Entonces fué á habitar allí un hombre de una  
raza más feliz, quien no vestía pieles como los  
salvajes de la montaña.

Usaba larga túnica blanca que le arrastraba un  
poco. Gustábele errar de noche á la luz de la  
luna por los mullidos claros de los bosques, lle-  
vando en la mano un pequeño carapacho de tor-  
tuga, en el que había clavados dos cuernos de  
uro, entre los que se tendían tres cuerdas de plata.

Cuando tocaba con sus dedos las cuerdas, mú-  
sica deliciosa las recorría, mucho más dulce que  
el murmullo de las fuentes, que las frases del  
viento entre los árboles ó que la modulación de  
las aves. La primera vez que tocó, despertaron  
tres tigres, tan prodigiosamente encantados, que  
lejos de causarle ningún mal, se le aproximaron  
lo más que les fué posible, y se retiraron cuando  
cesó. Fueron más los que acudieron al día si-  
guiente, así como lobos, hienas y serpientes que  
se paraban sobre la cola.

Y tanto fué así, que muy poco después iban los  
animales mismos á suplicarle que les tocase,  
sucediéndole con frecuencia que un oso llegara  
solo junto á él, y con tres acordes maravillosos  
se marchara contento. En cambio de sus com-  
placencias, las fieras le proporcionaban alimento  
y le protegían de los hombres.

Pero le fatigó su fastidiosa vida. Tan conven-  
cído llegó á estar de su genio y del placer que

daba á las bestias, que ya no se esforzó en tocar  
bien, y las fieras, con tal que él lo hiciera, queda-  
ban siempre satisfechas. No tardó en negarse  
aun á concederles este gusto, y dejó de tocar por  
indolencia. Toda la selva quedó triste, mas no  
por ello escasearon á la puerta del músico los  
trozos de carne ni las frutas sabrosas. Continua-  
ron alimentándole y le amaron más, porque el  
corazón de los animales es así.

Un día, sin embargo, que apoyado en su puerta  
miraba cómo descendía el sol tras de los árboles  
inmóviles, pasó cerca una leona. Dió él mues-  
tras de entrar, cual si temiese molestas sollicitu-  
des; pero la leona, sin cuidarse de él, pasó tran-  
quilamente.

Entonces le preguntó sorprendido:

—¿Porqué no me ruegas que toque?

Ella le contestó que no lo deseaba.

Dijole él:

—¿No me conoces?

Y ella le respondió:

—Tú eres Orfeo.

Agregó éste:

—¿Y no quieres oírme?

—No quiero—repuso ella.

—¡Oh!—exclamó el músico—cuán digno soy de  
lástima. Tú eres por quien yo hubiera tocado.  
Eres mucho más bella que las demás y debes de  
comprender mejor. Porque me escuches una  
hora solamente, yo te daré cuanto soñares.

Ella le respondió:

—Te pido que robes las carnes frescas que tien-  
nen los hombres de la llanura. Te pido que ase-  
sines al primero que encuentres. Te pido que te  
apoderes de las victimas ofrecidas á tus dioses y  
que todo lo deposites á mis pies.

El le agradeció que no pidiera más, é hizo lo  
que le había exigido.

Durante una hora tocó delante de ella; pero  
después rompió su lira y vivió como si estuviera  
muerto.

PIERRE LOUYS

### Cinegética

Duerme la loba.

Cual colérica ceja

está encorvado el arco de caoba.

El dardo va, como una enorme abeja  
zumbando al viento,

y del ijar á las nerviosas patas

cae un chorro sengrento

cual racimo de abejas escarlatas.

Alza un Nemrod coloso

el gran bronce del busto entre las ramas.

Crispa un soplo febril su vello de oro,

su tímida nariz resueña flamas.

Brillan de bélico deseo

sus pupilas de halcón en la espesura

y hay heroicas barbaries de trofeo

en la furia triunfal de su escultura.

Es un Ocaso:  
incendiado de sol el bosque arde,  
y un águila gigante va de paso  
reinando en los azules de la tarde!

LEOPOLDO LUGONES

### Fragmento

ESTRELLA de la tarde, que brillas en Occidente, que levantas sobre las nubes tu brillante cabeza y te adelantas majestuosa á lo largo de la colina, ¿qué miras á través de los árboles? ¿Han calmado los tiempos tempestuosos; el murmullo del lejano torrente: las olas vienen á morir al pie de la roca, y los ruidos se van al aire. ¿Qué mira el río? Te oírte sigues alegre tu camino; las ondas te rodean y bañan tu preciosa cabellera. Adiós, tranquilo rayo de luz. Brille ahora un destello del alma de Ossian.

Y aparece en todo su esplendor. Veo á mis muertos amigos. Se parecen á Lora como á los días pasados. Viene Fingal como una húmeda bruma. A su alrededor están los héroes: ¡mira los bardos! Ulino con los cabellos grises; el jestuoso Ryno; Alpino, el cantor agradable, y también tú, ¡pensativa Minona! ¿Cuánto habéis cambiado desde aquel día en que se celebraron las fiestas del Selma! ¡En aquel tiempo disputamos la primacía en el canto como los céfiros de la primavera juegan uno tras otro con las altas yerbas de la colina!

Minona se adelantó; resplandece y te de belleza con la mirada fija en el suelo y los ojos arrasados de lágrimas; su larga cabellera ondulaba acariciada por el viento. Los guerreros sintieron que su alma era presa de una sombra tristeza, cuando levantó su voz; porque habían visto frecuentemente la tumba de Salgar, porque habían visto frecuentemente la sombría residencia de la blanca Colma. Colma estaba abandonada en la colina, sin otra compañía que la melodiosa voz; Salgar le prometió que vendría, pero la noche cerró á su alrededor antes de que llegase. Escuchemos la voz de Colma cuando se encontraba sola en la colina.

COLMA—Reina la noche, y me encuentro abandonada sobre la tempestuosa colina. Sopla el viento en lo alto de las montañas. El torrente rueda con estrépito por entre las rocas. El río se defiende contra la lluvia en contra la tempestad.

¡Oh, luna! ¡Rasga las nubes! ¡Apréndeme las estrellas de la noche! ¡Que un rayo bienhechor me conduzca á donde mi amor descansa de las fatigas de la caza, teniendo el arco á los pies y los perros jadeantes á su alrededor! ¡Estando yo que permanezca aquí sola en la roca y el río del torrente. ¡El río corre hinchado y la tempestad muge! No oigo la voz de mi amante.

¿Por qué tardas, Salgar? ¿Has olvidado mis promesas? Esta es la roca, éste es el árbol, éste el torrente. Salgar, tú me has prometido venir

aquí al anochecer. ¿En dónde estás, Salgar? Yo quería huir contigo, abandonando á mis padres y á mi orgulloso hermano. Tu familia y la mía se odian de muerte hace muchos años, pero tú y yo nos queremos ¡oh Salgar!

¡Calla un momento tu voz en todo el mundo! ¡Que se oiga tu voz en todo el mundo! ¡Este es el árbol, ésta es la roca; Salgar, amado mío, aquí te espero: ¿por qué no vienes?

¡Ah! ya aparece la luna; las aguas resplandecen en las rocas se iluminan; veo á los lejos... Pero no le veo en la cima; los perros no anuncian su venida. ¿Quieres que me quede aquí?

¿Quiénes son aquellos que á lo lejos se ocultan en la montaña? ¿Mi amante! Mi hermano!... ¡Hablad! ¡Y se callan!... ¿Cuántos dolores atormentan mi alma! ¡Ah!... ¡Están muertos! Sus ojos están tintos en sangre... ¡Hermano, hermano mío! ¿Por qué has matado á Salgar? ¡Salgar! ¿Por qué has matado á mi hermano? Yo sólo amaba á los dos. Pero tú eras el más hermoso de cuantos poblaban la colina! ¡Hermano, tú eras terrible en el combate! ¡Respondedme! ¡Escuchadme! ¡Ah! estáis mudos para siempre; vuestro pecho se encuentra frío como la tierra.

Desde lo alto de la roca de la colina, desde la cumbre de la tempestuosa montaña, hablad, espíritus de los muertos! ¡Hablad, yo no tembraré! ¿A dónde habéis ido á descansar? ¿En qué caverna de la montaña os podré encontrar? No oigo voz alguna, el viento no trae hasta mí la contestación de los muertos!

Me abismo en mi dolor y espero que mañana, con los ojos henchidos de lágrimas. Cavad su fosa, amigos de los muertos; pero no os olvidaré que yo vuelva. Mi vida despreciable un sueño. ¿Podré retroceder? Quiero quedarme con mis amigos al lado del torrente que se precipita por entre las rocas. Cuando la noche invade la colina y el viento silbe por entre la maleza, mi alma volará en alas del viento y lamentaré la muerte de mis amigos. El cazador me oirá desde su cabaña de follaje, temerá mi voz y la amará, porque será dulce siempre que me recite á mis amigos que sólo amaba tanto!

OSSIAN

### Profecía de Ségaro

Los dos hijos de Ségaro como dos rosas de color rojo se abrieron á la luz del sol en el día de la Betania pareció más niño á sus miradas: el pequeño se aje todo como bañado en ventura surgía de un mundo nuevo, transparente y puro si hubiese habido alguna lluvia de salud y verdor para la tierra. Allí estaba Jesús, el Nazareno, ante la turba de judíos; Marta y María, de hinojos y llorosas,

besáble la fimbria de su túnica  
y quedaba en sus labios luz.

Las gentes  
contemplaban á Lázaro, que, mudo  
y pensativo, sus soberbios ojos  
fijó en los de Jesús, y todos vieron  
la sombra luminosa de Isaías  
confundirse con Lázaro; su rostro  
se fluminó como si en su alma hubiese  
una encendida lámpara, y dió un paso  
hacia Jesús; tan hondo fué el silencio  
que se sintió como el sollozo fúnebre  
de una visión solemne. Las palabras  
de Lázaro cayeron como ejambre  
de nómadas luciérnagas de fuego  
en las tinieblas de la noche; ardían.  
La voz se alzó diciendo lentamente:

"Huyó, pasó como salvaje cisne  
mi fresco sueño del sepulcro; un rayo  
de tibio sol vivificó el follaje  
del lúgubre ciprés que en mi alma llevo,  
y á tu acento, Jesús incomparable,  
como al de un arpa entre las viejas hayas  
de la ignorada selva, el pensamiento,  
hambriento buitres, se prendió en el árbol.  
¡Oh! No debiste despertarme! Tiene  
la vida yo no sé qué amargo acibar  
ni sé qué impulsos de feroz combate  
que al hombre niegan su divino origen,  
siempre que miro en torno, hallo en las bestias  
como un fondo común con los humanos  
que me detiene á meditar, y siento  
aquí en mí ser un animal de presa  
que se alimenta con mi propia sangre  
y con mi propia vida; y si hoy dormo  
la torva fiera su mortal letargo,  
¡ay! tú debiste comprender, oh Cristo!  
que no era bien el despertarme, que antes  
era preciso penetrar en mi alma  
para saber mis pensamientos últimos,  
mis postrimeras ansias que debían  
ser las primeras al venir de nuevo  
al mundo del engaño. Tus palabras  
que han prometido un más allá celeste,  
donde la dicha es para el alma buena  
me convidaron á morir, y vuelvo  
del largo viaje sin saber un algo  
de la verdad de tus promesas dulces,  
con sólo la impresión de haber dormido  
solo y helado sobre blanda tierra,  
después de murmurar á mis oídos  
la voz de alguna virgen: "duerme, duerme  
"el hondo sueño de la vida; olvida  
"tu amor y tu existencia, y sobre todo  
"el ultraje sangriento de los hombres  
"que mienten y que engañan."

Y tú mismo,

¿no sientes en los hombros el tormento  
de todas las falaces esperanzas  
que, como alondras desbandadas, brotan  
de la vivaz vegetación del alma  
de las turbas creyentes que te adoran?  
No las engañes más, Jesús! Recuerda  
que porque sufren, porque están heridas  
del cuerpo y del espíritu, se embriagan  
con el olor bendito del ensueño

de la justicia y la igualdad; te buscan  
y van en pos de tí, porque para ellas  
eres la flor que se adelanta al suave  
despertamiento de una nueva vida  
de juventud y de ventura; siguen  
por los caminos ásperos tus pasos,  
imaginando que eres Dios del mundo,  
llamándote Mesías; Cristo! Cristo,  
no las engañes más; ya que enseñaste  
la caridad y la justicia eterna,  
enséñales verdad, Hijo del hombre,  
no más que la verdad, cristal sagrado  
que agosta las mentiras de la tierra  
y la paz del porvenir, que avanza  
trayendo los tesoros de la ciencia,  
como marchan cargados los camellos  
con esencias de Arabia. Sé más grande  
que los dioses mentidos de los hombres,  
para vivir por siempre en su recuerdo.  
Ve cómo Jehová flota en su tumba  
de nubes cual un naufrago olvidado,  
mientras guarda Moisés sus templos limpios,  
olorosos á nardo, en la memoria  
de los hijos de Israel. Olvida, olvida  
el loco afán de tus creyentes, piensa  
que no has de hacerte Dios, porque los hombres  
no dejarán de derribarlos todos  
con un hacha mortal: su entendimiento.

Detén tus ojos de águila en los siglos  
que han de venir, algunos, como buitres  
del Setentrion, los otros, como cuervos  
de negras alas que saldrán graznando  
de monasterios y castillos, y otros  
como águilas bañadas en la lumbre  
de un vasto sol que no hemos visto nunca:  
el Astro del Análisis. La Ciencia  
clamará entonces que engañaste al mundo,  
y que si fuiste Dios, fuiste pequeño;  
mas si nacido de mujer, el sueño  
de redención más bello y más profundo."

Y Lázaro calló. Con hondo espanto  
ante él bajó Jesús la mustia frente  
y brotó la divina pasionaria  
en el lugar que humedeció su llanto.

ROBERTO BRENES MENSEN

## Mi programa literario

En nuestro lirismo familiar, hemos habla-  
do de luchas entre Nuestra Señora de París  
[arte católico] y el Partenón [arte pagano.] El  
Partenón proyectó sus sombras sobre nues-  
tras adolescencias. En el azul radiante de  
nuestros primeros ensueños, temblaron vaga-  
mente las alturas del Olimpo. Nuestras cun-  
nas fueron mecidas por la voz de las selvas  
griegas. Admiradores de la Edad Media, nos-  
otros sentimos en el fondo de nuestro ser un  
alma moderna; discípulos de Jesús, nues-  
tra sangre es siempre la misma. A pesar de  
todo los jóvenes católicos, tenemos que ser  
grecolatinos.— Si, grecolatinos por la raza,  
por la cultura ó por el temperamento. Yo  
soy el discípulo de Cristo que, habiendo visto

á Platón, ve pasar ante sí el alma de dos razas. —Pero también católico, porque Cristo no se hizo hombre para abolir el ideal antiguo, sino para completarlo y para consagrarlo. El olivo de Pallas florece de nuevo en el huerto de Nuestro Señor. Cuando el viento de la barbarie sopló en el mundo, los religiosos católicos salvaron, en el arca de sus claustros, las obras maestras del genio pagano. El fuego de las Vestales no se ha apagado, sino que sigue brillando en los cirios eclesiásticos. Yo soy de un país en donde el culto de la Venus de Arles se confunde con el de María Santísima; en donde los poetas cantan la Navidad en estrofas de corte pagano, y en donde los sacerdotes griegos se vistieron con trajes episcopales. Santo Tomás es hijo de Aristóteles, y Dante de Virgilio. Toda la bella antigüedad sirvió para preparar el divino catolicismo. La Iglesia consagró esta unión, empleando la lengua del Lacio pagano en sus liturgias místicas. Yo soy, pues, un romano bautizado.

EMMANUEL SIGNORET

### Bajo el cielo inmutable

EN la tarde amarillenta, bajo el cielo inmutable, sintieron caer sobre sus espíritus fraternales una sombra mortuoria.

—Cuán lentos pasan los años!—exclamó él. ¡Cómo han envejecido nuestros sueños!... Siento mi alma llena de remotas memorias, de antiguas imágenes. Una dulce nostalgia descende sobre mí, haciéndome sentir la angustia de las cosas lejanas, de las cosas perdidas para siempre. A veces el recuerdo se clava como un áspid sobre mi corazón y prende una nueva tiniebla en la noche de mi tedio profundo.

—Sí—dijo ella con melancolía—los años pasan lentamente. Nuestros sueños son perfumes, que una vez extinguidos, no pueden renacer. Todo es triste y amargo sobre la tierra; toda sonrisa encierra una lágrima; y entre los lirios marmóreos y las rosas escarlatas crecen los astodolos de la muerte. Lo mejor es morir joven, llevando de la vida una idea ilusoria, algo así como una melodía.

—Sin embargo, nosotros somos jóvenes y ya sentimos sobre nuestros espíritus el peso de una lápida fúnebre... No sé cuándo debiéramos haber muerto.

Ella guardó silencio.

Y se quedó mirando, con una tristeza que no era de este mundo, la línea gris del horizonte... las nubes que pasaban, á lo lejos...

FROILÁN TURCIOS

## NOTAS

### La Revista Nueva.—

Por los últimos correos nos ha venido á visitar esta importante y selecta publicación, editada en Tegucigalpa.

El nombre del notable literato Froilán Turcios al frente de ella, y lo escogido de su material, hacen de dicha Revista una de las mejores de Centro-América.

Nos complacemos en saludarla.

ESTRINCE, de Bogotá [Colombia].

### En los últimos

números de las revistas sudamericanas *Pluma y Lápiz* y *Literatura y Arte*, hemos visto reproducidos: nuestro cuento *Día de invierno* y nuestro soneto *Alba*.

### En casi todas las publicaciones—

que nos llegan vemos con frecuencia reproducidos los materiales extranjeros de nuestro quincenario, sin expresar de dónde fueron tomados.

Esperamos que, en adelante, al hacer esas reproducciones, las revistas y periódicos indiquen su procedencia.

Esto lo creemos de estricta justicia; ya que nos ocasiona un trabajo especial la esmerada labor de selección.

### Pensamientos

—Cuando uno sueña y calla, existe mas profundamente que cuando habla y obra.—*Jorge Rodenbach*.

—La palabra es grande y bella, pero más grande aún y más bello es el Silencio, rey del ensueño.—*Carlyle*.

—Dios también ensayó el hacer dos obras de distinto género: su prosa, el hombre; su poesía, la mujer.—*Napoléon*.

—No creo en la historia antigua, desde que he visto escribir la historia moderna.

—El libro del tiempo es tan sumamente grande, que no nos cabe más que una página de él en la cabeza.—*Campoamor*.

—Cuando el corazón experimenta sinceramente un amor profundo, siente al mismo tiempo una languidez, una fatiga que le hacen apetecer la muerte. ¿Por qué? Lo ignoro.—*Leopardi*.

### Agradeceríamos—

á los periódicos y revistas con quienes tenemos establecido el canje, la reproducción de nuestros sumarios.

### De administración.

*Esperamos que nuestros agentes (no nos dirigimos á los de El Porvenir y Choluleca, exactos en sus envíos: se sirvan remitirnos, á ouella de correo, el valor completo de las suscripciones hasta la fecha.*

*Hacemos esta recomendación, especial mente, á los agentes de Trujillo, Roatán, Tela y Amapala.*